**"Wiñaypacha": La voluntad de sobrevivir**

**El primer largometraje del director Óscar Catacora es una valiosa sorpresa para el cine nacional**

**Julio Escalante**

"Wiñaypacha" es una de las mejores películas peruanas que se hayan hecho. Su historia, en apariencia sencilla, es un logro del uso del lenguaje cinematográfico y todo su poder para expresar sentimientos, temores, pero en especial la capacidad del hombre, para resistir ante todo, resistir la furia de la naturaleza, el paso del tiempo y la proximidad de la muerte. "Wiñaypacha", filmada en aymara por un joven director puneño llamado Óscar Catacora, es también un logro para el cine que se hace en el interior del país, ese cine peruano que para el gran público no existe porque no llega a las salas.

Willka (Vicente Catacora) y Phaxsi (Rosa Nina) son una pareja de ancianos que vive cultivando el campo en una zona remota de los Andes, acompañados solamente de un rebaño de ovejas y de una llama. Cobijados por las montañas, parecen los últimos sobrevivientes de la Tierra. Sin embargo, sí hay un mundo exterior del que apenas tienen noticias. En su rutina diaria, se preguntan ─como tantas veces─ qué pasó con su único hijo que se fue y no ha vuelto a verlos. ¿Los ha abandonado? ¿Volverá? En la espera, Willka y Phaxsi se enfrentan a un enemigo tan grande como la soledad.

"Wiñaypacha" es un relato lento y contemplativo, que requiere del espectador una atención especial y una sensibilidad para captar su esencia. Es notable la expresividad que logran las imágenes filmadas por Óscar Catacora. En ellas los cuerpos Willka y Phaxsi, sus arrugas, sus respiraciones cansadas, se fusionan con las piedras, con el viento y el frio.

En los breves diálogos de la pareja se anuncia una serie de infortunios. Como dos seres expulsados del paraíso, ellos ven venir las consecuencias de haber quedado aislados, a la espalda del resto. Pero también sienten el peso de sus años, el destino irremediable de la vida. La cosmovisión andina, los rituales y las ofrendas que forman parte de lo cotidiano, esa sabiduría ancestral que parece siempre estar a punto de perderse en los pueblos más alejados encuentran cuerpo y alma en "Wiñaypacha". Y la historia nos dice que incluso en el peor momento se impone la voluntad de resistir.

"Wiñaypacha" no es un relato sobre la pobreza, sino uno muy digno y que enaltece la urgencia de sobrevivir a toda costa, en un país de jóvenes que se ha olvidado de su origen.

¿Qué esperar?: Estamos ante una cinta diferente que marca un hito para el cine que se hace en las regiones. Una propuesta artística con la que Óscar Catacora inicia una prometedora carrera.

Citamos también una nota publicada en el Diario El País de España, donde se desarrolla una critica novedosa, con aspectos poco conocidos del cineasta peruano y de la filmación.

**Perú estrena su primera película en lengua aymara**

**La ópera prima de Oscar Catacora se filmó a 5.000 metros por encima del nivel del mar, y en medio de las explosiones que causan los glaciares al derretirse**

**Jacqueline Fowks**

Óscar Catacora, cineasta autodidacta nacido en Puno, la región altiplánica del país, en la frontera con Bolivia, estrena Wiñaypacha (Eternidad), el primer largometraje peruano rodado íntegramente en aymara, y que cuenta la historia de una pareja de ancianos, abandonados por sus hijos, que viven añorando una visita y mantienen sus costumbres de religiosidad respetuosa con la naturaleza, a 5.000 metros de altura.

Para realizarla, el director del filme logró una subvención del Ministerio de Cultura en 2013, y esta semana recibió la noticia de que ganó por unanimidad el Premio de distribución que otorga anualmente la misma entidad. Con una financiación de 30.000 dólares, pretende proyectarla en dos ciudades de su región, subtitularla en quechua, y llevarla en un ciclo itinerante por el país. Pero antes, Catacora la proyectará por primera vez, en agosto, al público peruano y extranjero del Festival de Cine de Lima que inicia en un par de semanas.

La película ha sido programada en la sección Hecho en Perú, y compite -para el premio del público y el del Ministerio de Cultura- con El Abuelo, Deliciosa fruta seca, Los ojos del camino, Nada queda sino nuestra ternura, y Pacificum: el retorno al océano.

El director comentó a EL PAÍS el origen del relato minimalista de dos personajes abandonados. “Se basa en mi vida en el pasado con mis abuelos, veía la ausencia de mis papás y de sus otros hijos, mis tíos que viven en Lima, que pocas veces los visitaron; veía su nostalgia. Y ese abandono sigue ocurriendo porque muchos jóvenes dejan su lugar”.

Catacora, de 30 años de edad, explica que creció aprendiendo español, pero que cuando tenía seis o siete, sus padres acordaron mandarlo con sus abuelos para que aprendiera a hablar aymara. “Mi padre sobre todo no quería que aprenda, por ese estigma de que no es bueno para evitar que el niño tenga el mote (la forma de hablar español de un indígena). Pero mi madre sentía esa necesidad de que aprendiera. Convivir con mis abuelos fue etapa crucial en mi vida, en tres o cuatro meses empecé a comunicarme con mi abuela, al inicio era solo con señas. De regreso a casa, la primera vez, mi madre me dijo que había vuelto como un aymara”, recuerda.

“Al ganar el premio en 2013, mi compromiso fue filmar todo en el idioma nativo, en respuesta al Ministerio de Cultura, para agradecer que quede como un registro cultural e histórico-social de la cultura aymara, que es también de mi identidad”, añade el director.

**El dolor del deshielo**

El cineasta vivió con sus abuelos en las alturas de Acora, en la zona sur-central de Puno. “En la zona alta donde viví había bastantes nevados. Cuando escribí el guion de Wiñaypacha quería ese escenario muy parecido a mi historia, pero cuando fui al lugar para el *scouting* de locaciones, ya estaba todo descongelado, ya no había lo que había soñado”, señala por teléfono desde Puno.

“Al productor, Tito Catacora, que siempre me ha motivado y ayudado, le dije: "necesito un nevado". Gracias a él, fuimos a buscar en el norte de Puno y elegimos el Allincapac, en el distrito de Macusani (provincia de Carabaya)”, refiere.

Dado que los protagonistas eran aymara-hablantes de unos 80 años, Catacora requirió un equipo en el que todos hablaran la lengua.

“En el rodaje, todos los días era de deshielo constante de este nevado. Conversamos con el equipo de producción, ellos sentían ese dolor de los indígenas, de cuándo va a desaparecer. Se escuchaba explosiones, como si fueran bombas”, describe.

En el mundo tradicional andino, los ancianos tienen mucha autoridad y el trato con los más jóvenes no es horizontal, por ello Catacora reclutó a un intérprete aymara de unos 50 años, como asistente de director e intermediario con los protagonistas.

“Hay un aspecto cultural de respeto: solo los mayores pueden hablar, los jóvenes no se meten. No es fácil que una persona de 29 interactúe con otra de 80. También fue un reto explicarles qué iban a hacer, porque el término cine no existe para ellos, ni actuar, no han visto nunca una película”, detalla.

El rodaje duró cinco semanas a 5.000 metros sobre el nivel del mar. “No podíamos filmar todos los días por el frío, necesitábamos tiempo para que el cuerpo se recupere, todos estuvimos agripados”.

Puno es un faro cultural desde los años 20 del siglo pasado: allí surgieron vanguardias andinas en poesía y ensayo, con revistas literarias multilingües que son conocidas poco a poco en la capital. Catacora aporta con su filme a la producción aymara de su región.

Ópera prima cinematográfica del joven cineasta puneño Óscar Catacora. Un trabajo sobre cómo sobrevivir en la pobreza, y en la soledad, en el relato de Julio Escalante y Jackeline Fowks, de "El país" de España.